



Año IV Barcelona 5 de Septiembre de 1890. Núm. 169



Periódico literario, ilustrado

Administración: Vertrallans, 3, 1.º

Horas de despacho: de 2 a 4 tarde

Precios de suscripción

Barcelona. . . . 1'50 ptas. trimestre
Provincias. . . . 5 " semestre

Números atrasados: 1 real.

LIT. MURALLÉS, UNION 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

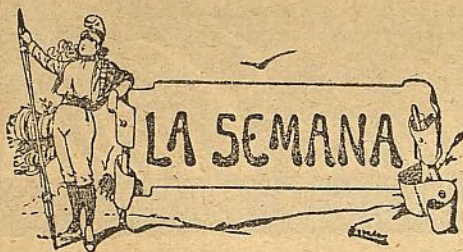


NUESTRAS ARTISTAS, POR ESCALER



ANITA MUÑOZ

En la ópera *Los amantes de Teruel*



Las disputas científicas de los Proculeyanos y Sabinianos; el secular debate de los comentadores del Digesto (dije... aquello, ó dije... lo de más allá); la nimia discusión de los *glosadores* y, en una palabra, todas las campañas célebres en la historia de la Hermenéutica legal, van á quedar oscurecidas por la actual división de pareceres en el modo de interpretar la ley del sufragio.

El problema no puede ser más grave.

Se trata de saber si el cuerpo de orden público, el de vigilantes de consumos y el de guardias municipales son, para los efectos de la ley electoral vigente, institutos armados ó institutos... de armas tomar.

—En su opinión de V.—le decían á un individuo de Seguridad—¿pertenece V. á algún instituto de esos?

—Ni á esos ni á ninguno—respondía;—yo soy bachiller, aunque me esté mal el decirlo.

Y la verdad es que las dudas de esta ó de la otra Junta municipal no tienen fundamento serio.

Pero estamos en el siglo de la duda y hay que seguir la corriente del siglo.

¿Que si son cuerpo armado los guardias de orden público? ¿y esto preguntan los conservadores?

Recuérdese la jornada de Santa Isabel y el problema es cosa resuelta.

O pídanse en la calle Ancha de Madrid noticias de ese instituto armado á aquella desarmada Universidad.

¿Que si son cuerpo armado los dependientes del resguardo? ¿y esto preguntan los madrileños?

Pues á fé que las batallas campales libradas en la línea fiscal no dejan lugar á dudas.

Si bien la tranquila impunidad de algunos matuteros en grande escala, hace pensar que ese cuerpo de consumos es por el estilo de las mesas camillas.

Un cuerpo armado que puede desarmarse con facilidad.

Y respecto á los guardias municipales, tampoco cabe duda de ningún género.

Consultad el asunto con un municipal y él os dirá, pensando en los patatazos de alguna verdulera, en el descaro de las criadas de servicio y en la desobediencia de los vendedores ambulantes:

—Si señor: nosotros somos un instituto armado: pero armado... de paciencia.

Mas las Juntas municipales no son todas del mismo parecer, razón por la cual supongo que de hoy en adelante no se hablará de ellas diciendo «las Juntas» sino «las Separadas.»

Mientras la mayor parte de ellas interpreta en sentido restrictivo eso de los «institutos armados»,

las de Valladolid y Guadalajara permitirán que voten todos los dependientes de la autoridad, desde el *guindilla* altivo hasta el que *pesca* en ruin casilla de consumos.

Y es que por allí se harán el siguiente razonamiento:

Los guardias del Orden tienen que votar, porque si hacemos unas elecciones sin orden público, vamos á desahitar el sistema.

Es decir, que si Cataluña, Aragón y Navarra tienen sus fueros en lo civil, Valladolid y Guadalajara van á tener los suyos en lo político.

Y en las *Guías del viajero* leeremos dentro de poco:

Valladolid. Pueden visitarse en esta población la Academia de caballería y los municipales *sufragáneos*, ó con derecho de sufragio.

Guadalajara. Célebre por sus bizcochos borrachos y por la suerte borracha de los guardias del Orden.

No es esto lo peor, sino que donde menos se piensa va á saltar un instituto armado.

Ahí está, sin ir más lejos, el cuerpo fiscal de la Tabacalera que no dice «este derecho es mío.»

Los «mozos de escuadra» barceloneses vendrán luego diciendo:

—A nosotros ¿nos dan papeleta de sufragio ó nos aplastan también la papeleta?

Tras ellos saltarán los *miqueletes* guipuzcoanos, diciendo como los manolos del sainete:

—Nosotros ¿nos morimos ó qué hacemos?

Y la misma duda surgirá en Zaragoza respecto á los guardas jurados del Canal Imperial.

Bien que estos, seguramente votarán con el actual Gobierno.

Porque el nombre oficial de dichos guardas es el de «peones... conservadores».

Si en la variedad está el gusto, en la unidad está la fuerza y tratándose de todos estos cuerpos—que son fuerza también—preciso es que sobre ellos recaiga unánime acuerdo de todas las Juntas.

Antes la muerte que tan horrible incertidumbre.

Sepamos de una vez si los guardias de Seguridad tienen ó no tienen voto.

Porque si no lo tienen, bien mandados están por un coronel.

Mas si van á votar, preciso es que su jefe tenga otro cargo: aquel tan importante en la antigua Alemania.

El de *Gran Elector*.

* *

Todavía no ha venido el cólera, pero le esperamos de un momento á otro.

Quizas le traigan de Valencia las ondas del Mediterráneo; acaso lo importe de Toledo un cadete de la última hornada; facil es que venga de Madrid entre un fajo de cesantías; pero de que al fin ha de llegar, no nos cabe duda ninguna.

Porque como estamos solos... es decir, como en esta época del año, la gente abandona nuestros mares por el Cantábrico y se cala la boina hasta Octubre, dejando la barretina para mejor ocasión, vendrá el huésped del Ganjes (ya sabrán ustedes que el Ganjes tiene casa de huéspedes) y dirá, es—

polvoreando la atmósfera con puñados de *bacillus*:
«¡Aquí que no peco!

En previsión de lo cual, droguerías y farmacias se preparan á limpiar sus fondos para llenarlos después con los nuestros; los funcionarios públicos se mandan aplanchar la levitas en cuyas pecheras lucirán más tarde las cruces ó los cruces de Beneficencia y la población se encomienda á la sagrada familia, no por miedo cobarde al contagio, sino por justificado temor á las medidas higiénicas y otras ingerencias de la autoridad que ese mal trae consigo.

Porque ¡ríanse ustedes de la famosa circular de Gobernación y digan que, como circular que es, no se le vé la punta por ninguna parte!

En ella se condenan los cordones con harta razón, porque desde que se han popularizado los timbres eléctricos, ya no se usan los cordones ni en las campanillas.

También se prohíbe la fumigación personal, porque es anti-humanitario aplicar á los hombres el sistema terapéutico que se emplea con las cecinas y los pernillos.

Esto es, curarlos al humo.

Pero del dicho al hecho hay muchos alcaldes conservadores.

Y aunque sea verdad que nadie se mete con los que disfrutan de cabal salud, no es menos cierto que el infeliz que se descuida y atrapa un cólico, siente caer sobre sus espaldas todo el peso de la higiene pública.

Aislamientos, observaciones, vigilancia oficial, todo es poco para evitar el contagio; y en aras de la *salus populi* se hace con el enfermo sospechoso poco menos de lo que se hacía antiguamente con los que padecían de lepra.

Se les echaba de la ciudad casi á palos, se les metía en una cueva y privándoles hasta del uso de la palabra, tenían que implorar la caridad de los caminantes sonando una carraca.

Ahora entra un médico en una casa como en país conquistado.

—A ver la mano... ¡qué poco pulso tiene V!

—Ni gota: ¡no vé usted que ya me lo han tomado hoy cuatro veces! Una de parte del Gobernador, otra de la Junta de Sanidad, otra del Municipio y por último, otra de parte de la Junta de la parroquia.

—Bien. Su nombre de usted..

—Tomás Berenguer.

—Usted procedera de Argés indudablemente.

—No señor: yo procedo de los Berengueres; de los Condes de Barcelona, ya sabe usted.

—Pues es preciso que guarde usted cama.

—¿Para quién? no espero ningún huésped.

—Quiero decir que se acueste usted para ver si entramos en reacción.

—En reacción entrará usted solo, si quiere: yo soy el hombre más liberal de Cataluña.

Si el enfermo fallece, una hoguera es poco para destruir la cama, los muebles de la habitación y los vestidos del difunto, no quemándose el cadáver porque todavía esa cremación no se estila, hasta el punto de que mucha gente cree que eso de cremación es cosa de confitería.

—Vamos, hombre—dice uno de los de la familia al jefe de la brigada sanitaria—¿todavía les queda á ustedes algo por hacer?

—Si señor, vamos á llevarnos el cadáver.

—Hombre ¡por Dios! ¡no nos haga usted la... autopsia!

Dios libre á nuestro mayor enemigo de ser el primer caso.

Porque ¿qué tiene que ver el ruido que armó la invasión de los Bárbaros con la bulla y el jaleo que traería la primera invasión coleriforme?

Los chicos se van.

Porque los Dioses se fueron ya hace tiempo.

Y ahora, sea la fuerza del calor, sea el atractivo de los balnearios lo que les impulse, el hecho es que cada lunes y cada martes desaparecen de Barcelona uno ó dos jóvenes con sus respectivas novias, que abandonan, —¡ingratos!—el hogar paterno, materno ó tierno buscando escenas más tiernas de fijo y más conmovedoras.

El gañán emprende la marcha con dos ó tres pesetas en el bolsillo; la muchacha se escapa sin más prendas que las personales, ni más dotes que las de su inteligencia soñadora.

Ya en el tren, pregunta la Julieta al Romeo de su corazón:

—¿Cuánto dinero tienes?

—Dos pesetas.

—¿Diarias?

—No, hija; nocturnas.

—¿Cómo nocturnas?

—Porque no pasan más que de noche.

—¡Bah! con eso daremos la vuelta al mundo.

—Al mundo ¿eh? A la maleta y gracias.

La falta de numerario y la paterna persecución les hacen caer de allí á poco en poder de la autoridad y vuelve la enamorada pareja entre otra de la Guardia civil.

—¡Y á esto se llama ir de luna de miel!—exclama la joven.

—No, hija—advierte él:—esto se llama ir de cuartos menguantes.

Lances de esta naturaleza acababan antes en matrimonio.

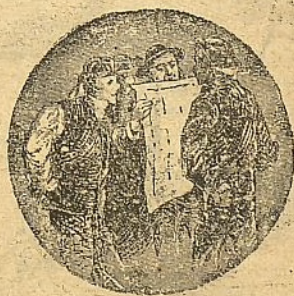
Ahora acaban en una doble confirmación.

Un par de bofetadas y se acabó la aventura.

Pero, antes como ahora, siempre es la doncella de la casa la que concierta las voluntades y prepara la fuga de los enamorados.

Por eso los padres de familia que, en beneficio de los hijos, forman «Sociedades contra las quintas», deben fundar en provecho de las hijas, una robusta «Sociedad contra las terceras.»

LUIS ROYO VILLANOVA.



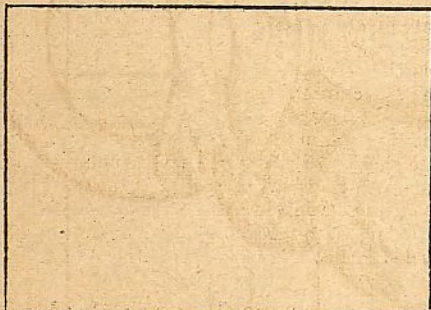
¿QUÉ DIARIO LEEN?, POR CILLA.



EL DILUVIO



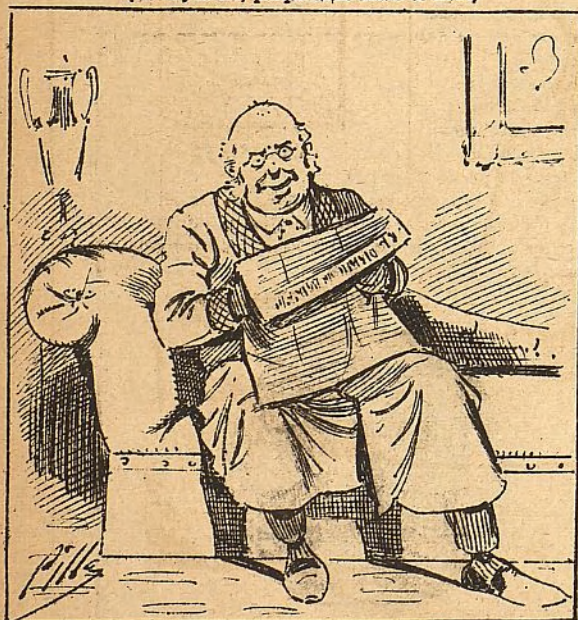
LA DINASTÍA



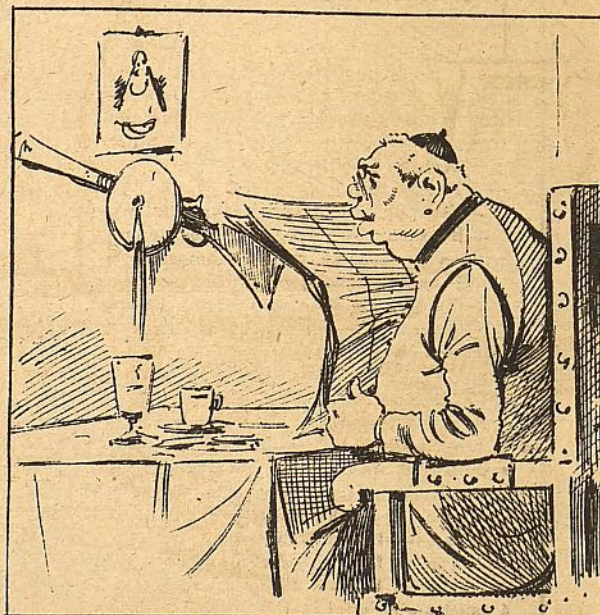
EL CRONISTA BARCELONÉS
(no hay nadie; porque como nadie lo lee...)



EL DIARIO MERCANTIL

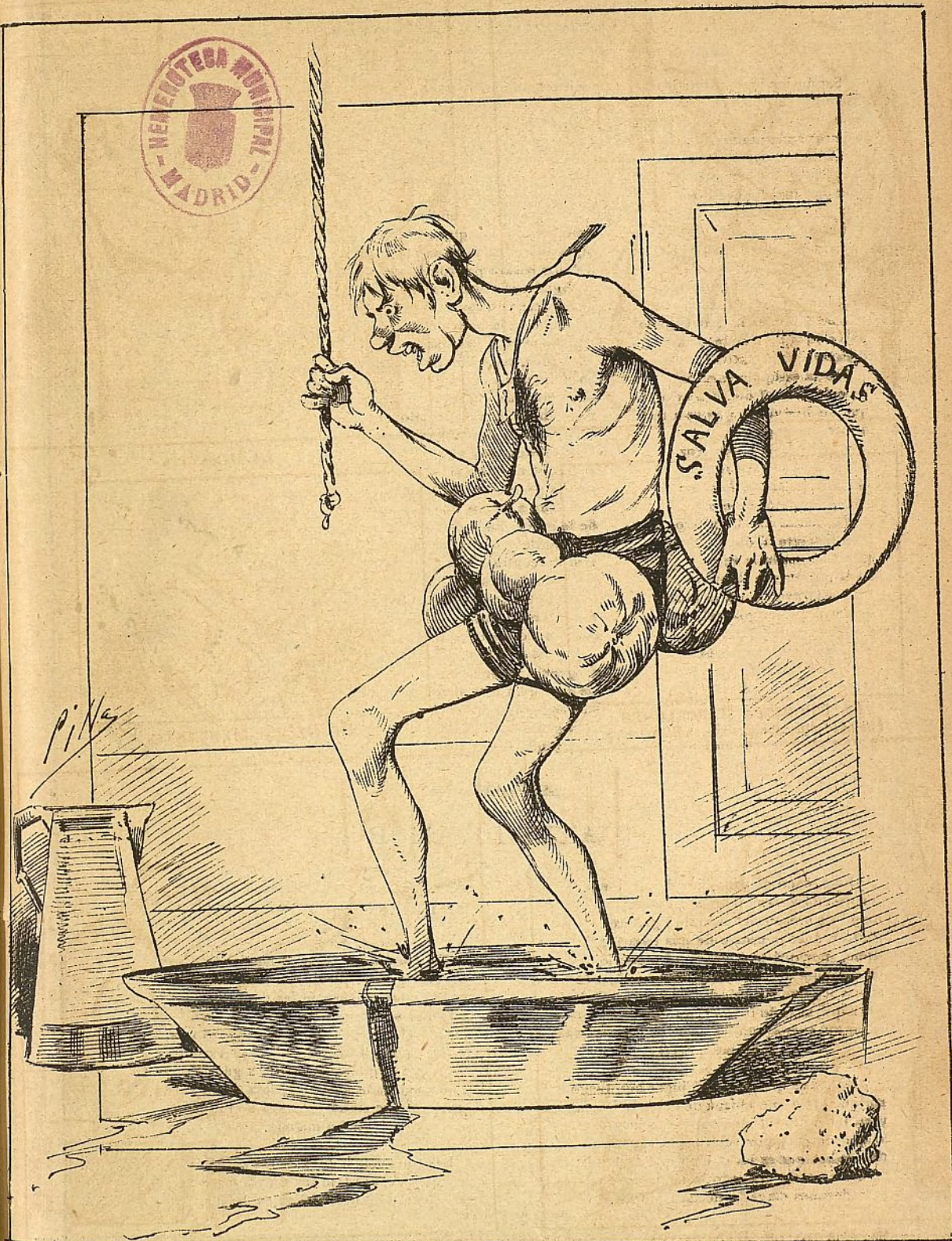


EL DIARIO DE BARCELONA



EL CORREO CATALÁN

HOMBRE PREVENIDO.... POR CILLA



...y cuando no se sabe nadar ¡amigo! hay que tomar ciertas precauciones...

GENERO AVERIADO

Según los bien enterados
aseguran, á su ruina
el humorismo camina
á pasos agigantados.

Chistes que gustaban antes
fastidian á los lectores,
y andan mal los escritores
que se dicen chispeantes.

(Y negarlo inútil fuera,
pues con chispa es natural
que un escritor andemal,
¡como andaría cualquiera!)

¡Pobre género festivo!
¡Cómo á perder le han echado
todos los que han intentado
dedicarse á su cultivo!

Tanta estúpida cañama
de epigrama el nombre lleva,
que no hay nadie que se atreva
á leer un epigrama,

y que es una cosa atroz
el ver uno se barrunta,
de esos tan faltos de punta
como sobrados de coz.

Yo, lector me desespero
un chistecito al oír:

¡já mi no me hace reír
ni el mismísimo Romero!

Y esta aversión á la guasa
advierto que es general,
pues con todos pasa igual:
ó, mejor dicho, no pasa.

¡Que Fulano se rió
leyendo una tontería?

¡Del autor se reiría,
pero de los chistes no!...

Los chistecitos bonitos

tanto abundan por acá,
que todos estamos ya
cargados de chistecitos.

Del chiste lascivo y sucio,
que es hoy el que más se gasta,
ha tiempo que estamos hasta
más allá del occipucio,
y cosa que no rebosa
lascivia, no hay quien la lea...
¡Que es caústica! ¡Aunque lo sea!
¡Mejor pasará por sosa!

Agudezas refinadas
y agudezas de cuartel
nos dan en la boca del
estómago cien patadas,
porque, según he indicado,
ya nada gusta á la gente,
ni el epigrama decente
ni el chiste desvergonzado.

Y en vano muchos esperan
hacer gracia por ahí;
nos harían gracia si
de sus gracias nos la hicieran.

Cuanto chicos han buscado
de la gracia los recursos,
han perdido un par de cursos
y ni un céntimo han ganado...

Literatura festiva,
se trocó tu gloria en duelos
y hoy, como andas por los suelos,
con los pies se te cultiva.

¡Ay, si en su auxilio con toda
diligencia no se acude!...
De aquí á un mes, nadie lo dude,
habrás pasado de moda...

Si género tan galano
sufriré tantísimos males,

cúlpele á los animales
que en él han puesto la mano.

De esa gente, el más genial
es en punto á gracia un cero;
los hay que tienen salero,
pero salero sin sal.

Esa decadencia triste
del humorismo que acuso
se debe también al uso
desordenado del chiste.

Mientras ha predominado
el género divertido,
tanto nos hemos reído
que la risa se ha agotado.

Picardías al leer
ya nadie se echa á reír;
muchos... echarse á dormir
es lo que suelen hacer.

La escasez se hace notar
de las carcajadas locas;
solo quedan unas pocas
que nadie quiere soltar.

Algunos temen que el tedio
les acoquine y desarme;
no tienen ya ni un adarme
de risa para un remedio.

A mí, querido lector,
por reirme como un bolo,
réstame un poco tan sólo,
y de perderlo el temor
la tranquilidad me roba,
pues me quedaré sin nada
en leyendo á Taboada
ó á Luis Royo Villanova.

FERNANDO SEGURA.

AYES DE AMOR

Dime, cándida niña, flor de las flores,
inspiración eterna de mis cantares,
ángel de mis ensueños embriagadores,
grato y duce consuelo de mis pesares;
dime, ¿por qué te gozas en el martirio
de un alma que arrebatas hasta el delirio
si son los que me brindas falsos placeres?
¿Por qué cuando te pinto mi afán, suspiras
si no me correspondes? ¿Por qué me miras
si no me quieres?

¿No sabes que es difícil jugar con fuego
sin que salte una chispa de entre la hoguera
y en incendio terrible convierta luego
lo que empezó por vana pueril quimera?
¿No sabes qué es un crimen que Dios castiga
tender á un desgraciado la mano amiga
para después clavarle flecha traidora?

¿Por qué, pues, niña hermosa, falsa sirena,
por prolongarla alivias la amarga pena
del que te adora?

Yo dormía gozando de las delicias
del sosiego que presta la dulce calma
y jamás los alhagos ni las caricias
á turbar se atrevieron la luz del alma.
Pero ¡ay! que mi tirano cruel destino
te interpuso en las flores de aquel camino
que, feliz é ignorante, crucé algún día,
y, deslumbrado al verte, presa de un sueño,
que la mente embargaba, ya no fui dueño
del alma mía.

Las finísimas hebras de tus cabellos
con que Cupido teje sus dulces lazos,
tus ojos seductores, radiantes, bellos,

con que los corazones haces pedazos;
tu talle esbelto y dócil, tu tez morena,
tu frente despejada, pura y serena,
que, muda, pide el néctar de un casto beso,
tus miradas que hieren como las flechas...
tales ¡ay! son las redes duras y estrechas
en que estoy preso.

Y esos tus lindos labios, rojos carmines,
frescos como las hojas de los claveles,
puros como las auras de los jardines,
gloria de los divinos doctos pinceles,
y esos leves hoyuelos que en tus mejillas
semejant a las rosas tiernas, sencillas,
que entre sus virginales blancos botones
pródigas sus primicias de aroma ofrecen...
son los áureos celajes donde se mecen
mis ilusiones.

Yo, insensato, persigo tu imagen bella,
como el náufrago triste la luz del faro,
y corriendo ¡volando! ciego tras ella,
bajo sus alas de oro busco mi amparo.
Tu, entre tanto, implacable no oyes mis quejas
y en las dudas sumido siempre me dejas,
por más que de rodillas tu gracia imploro;

¡lucha eterna y horrible que en vano trato
de acabar entre sueños ¡ay! no me mato...
¡porque te adoro!

Y ¿quién al contemplarte no te desea
y alucinado y loco de amor suspira?
¿Quién cuando tu sonries no se recrea?
¿Quién de pasión no muere cuando te mira
si eres bella, graciosa, dulce y galana
como la flor que agita por la mañana
del perfumado huerto la fresca brisa,
si tus ojos fascinan, alegres, vivos,
si son irresistibles los atractivos
de tu sonrisa?

¡Oh! encanto de mi vida, luz de mi alma,
no acibares las horas de mi existencia,
vuelve al pecho intranquilo la dulce calma
que un día le robaste con tu presencia.

¿Por qué con tus halagos me vuelves loco
si las dichas que sueño duran tan poco
que cuando al colmo llego de los placeres
las veo evaporarse como mentiras?
Dime, flor de las flores, ¿por qué me miras
si no me quieres?

SINESIO DELGADO.

EL RETRATO

«Querida Julia: Ya que tanto te interesas por mí,
voy a confesártelo todo abriéndote mi corazón; que
si la espontaneidad y la franqueza hacen a la amis-
tad más firme, en cambio la excesiva reserva la de-
bililita y aminora.

Lo que temes es cierto: no soy feliz. Nuestra
brillante posición, nuestra riqueza, la paz que se
disfruta en mi casa y el afecto entrañable que hijos
y padres nos tenemos, devolviéndonos el cariño
multiplicado, como los espejos se vuelven las imá-
genes, no bastan a disipar la tristeza que se ha apo-
derado de mi alma.

Sabes que nuestra fortuna es muy reciente, casi
de ayer. ¿Te acuerdas cuántas veces tu generosidad
vino en socorro de mis necesidades? Tal vez lo ol-
vides, como toda alma grande olvida los beneficios
que dispensa; yo recordaré siempre tus favores, que
si quien hace el bien no ha menester guardarlo en
la memoria, quien lo recibe debe grabarlo en su
alma.

Vivíamos pobres, pero contentos, sostenidos por
una resignación muy parecida a la esperanza, cuan-
do de pronto varió nuestra suerte, y aquella estre-
chez, casi rayana en la necesidad, vino a trocarse
de repente en una riqueza que toca en la opulencia.

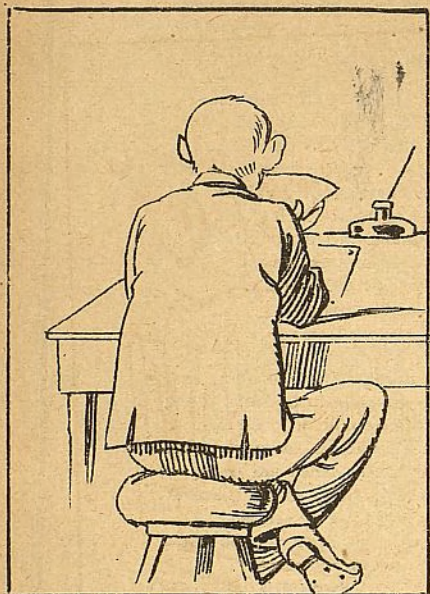
Hace cuatro años, durante el invierno, sufrió
mi marido un fuerte ataque de reuma, y los médicos
le aconsejaron que tomase los baños de Aljama en
la primavera próxima, si quería precaver los efectos
del mal para el invierno inmediato; por cierto que
tú me prestaste los cuatro mil reales que nos hicie-
ron falta. Desde aquel viaje data nuestra riqueza.
Juan se encontró en Aljama con un antiguo amigo
y condiscipulo suyo, que se llamaba Mateo Resmi-

lla, pobre y desgraciadísimo cuando fueron juntos
estudiantes, pero a la sazón muy rico y tan feliz
como se lo permitían los tenaces dolores que le ha-
bían llevado a la misma casa de baños que a mi
Juan.

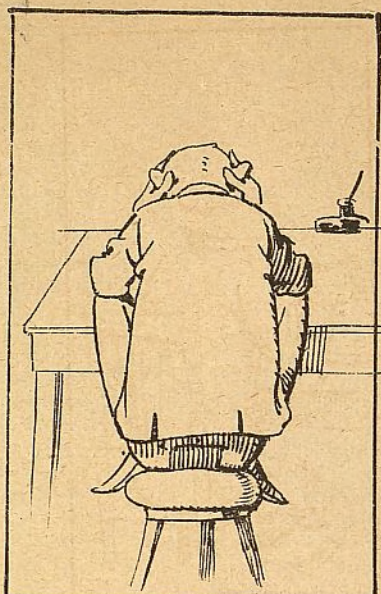
Era Mateo Resmilla un hombre moreno, peque-
ño, grueso, coloradote, pesado, de movimientos
tardos, de cuello corto, con una gran predisposición
a dormirse en cualquier postura, fácilmente irritable
y con todos los caracteres de un temperamento
marcadamente sanguíneo, de esos que parecen a to-
das horas amenazados de una congestión cerebral.
Recordaron al verse los días de su juventud, las
mañanas en que iban juntos a la Universidad, los
apuros en vísperas de exámen, la mala cama y peor
comida que la patrona les daba, los aprietos en que
les ponía su falta de dinero, y aun tengo para mí
que recordarian también alguna de esas aventuras
que todos los hombres han tenido de muchachos y
que rara vez llegamos a saber nosotras. Durante
aquellos pocos días, su amistad se reanudó tan sóli-
damente, que a las preguntas indiferentes sucedieron
las inspiradas por el cariño verdadero, y entonces
supieron ambos que su posición era completamente
distinta. Mi Juan estaba pobre: para él y su familia
sólo contaba con los ocho mil reales del destino a
que hizo oposición cuando acabó la carrera; en
cambio Resmilla, que fué a Cuba desesperado, ha-
bía hecho una gran fortuna.

Empezó por lo que comienzan muchos de los
que allá van sin más recursos que su voluntad ni
otro apoyo que su propia energía, es decir, por ba-
rrer una tienda, en la que entró de criado, de la
cual fué luego dependiente, en la que figuró des-
pués como socio y de la que, al fin, llegó a ser due-
ño, convirtiendo en opulenta casa de banca el mi-
serable tenducho a cuya puerta llamó desamparado

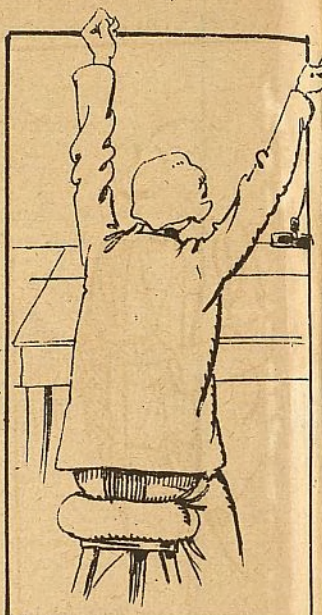
LA CENTRAL, POR ESCALER.



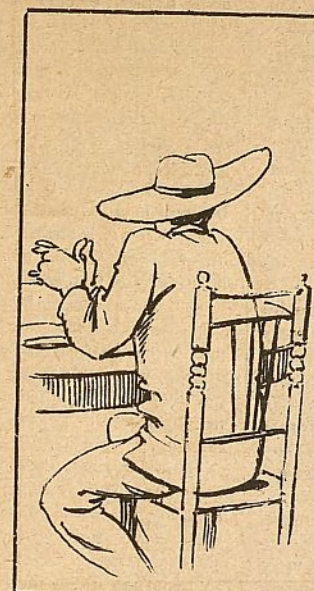
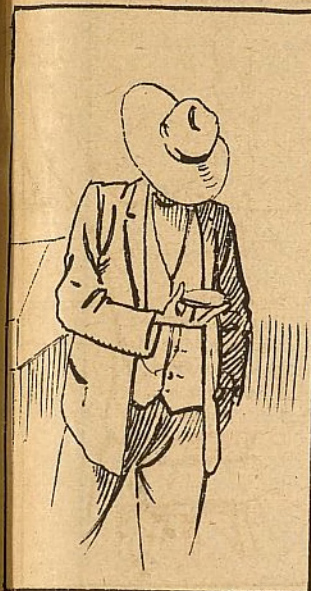
«...y como he recibido todas las láminas para el próximo número de LA SEMANA, excepto la central, espero te encargarás de proporcionármela...»



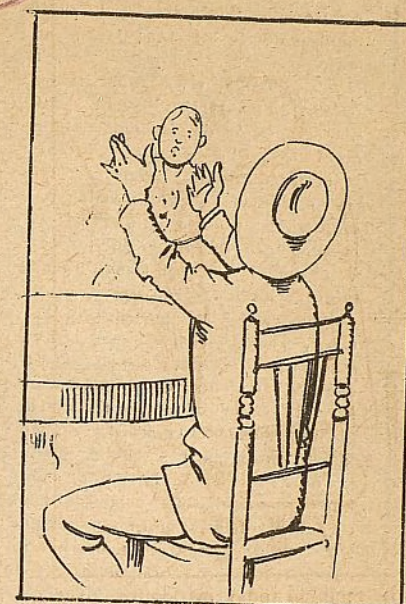
¡La central, Dios mío! ¡La de más compromiso precisamente!... Pensemos.



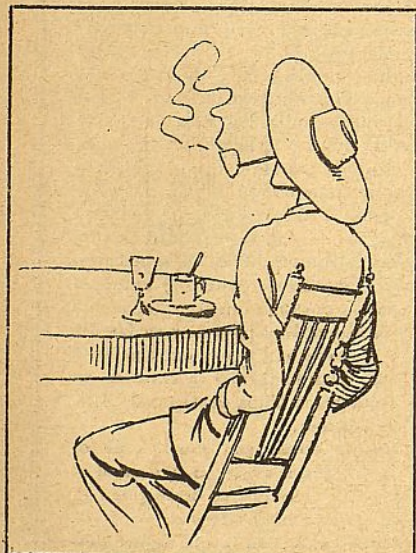
y el caso es que no se me ocurre nada. Las 12; hora de comer. Vamos a la mesa y quizá comiendo...



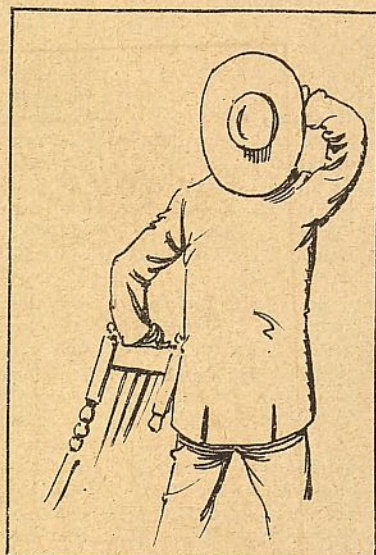
¡Quíá! ¡Ni por esas!



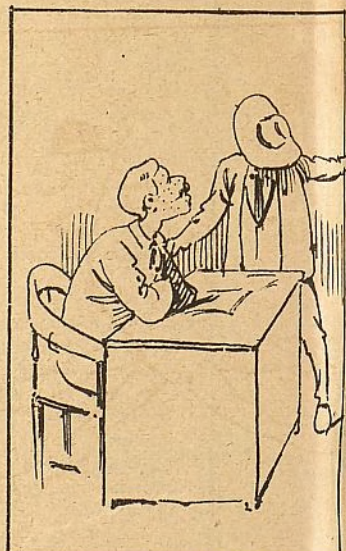
--Patrona, tráigame Vd. inmediatamente una taza de café... como yo.
--¿Cómo quiere Vd. decir, señorito?
--Cargado, muy cargado.



Dicen que el café despeja la inteligencia... Y en efecto, no se me ocurre absolutamente nada.

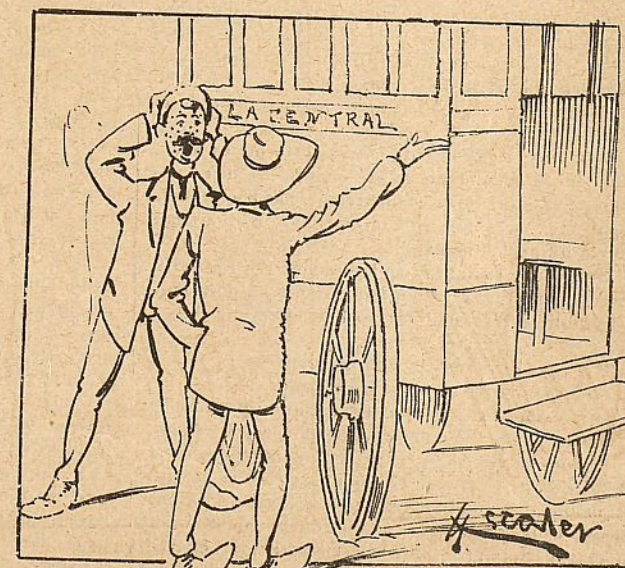
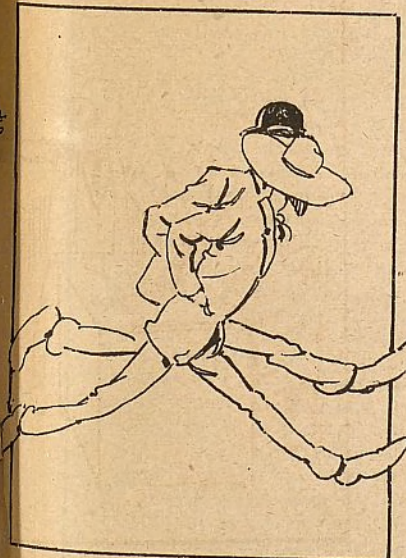


¡Ah! ya sé.



EN CASA DEL DIRECTOR

--¿Dices que tienes todas las láminas?
--¡Sí!
--¿Que lo que te falta es la central?
--¡Sí!!
--Pues sígueme.



¡¡Ah! la tienes!!

y miserable. Todo esto se lo explicó Resmilla con muchos detalles á Juan; pero no le dijo la cantidad á que ascendía su capital, ni era tampoco fácil suponerla, porque vivía modestamente: su único lujo consistía en fumar tabacos exquisitos y llevar en el dedo meñique de la mano izquierda un brillante magnífico.

Terminados los baños al cabo de nueve días, resolvieron volver juntos á Madrid, y para viajar cómodamente, tomaron ellos dos los tres asientos de la berlina de la diligencia que había de llevarles desde el pueblo hasta la estación más próxima del camino de hierro.

Eran ya los últimos días de Mayo; hacía mucho calor; el coche iba despacio, envuelto en densa y sofocante polvareda; el sol caía de plano sobre los campos abrasados; no se movía un pelo de aire, y los árboles secos que de trecho en trecho se veía en las laderas del camino, dejaban caer las ramas lascas, sedientas y sucias. A medida que pasaban las horas arreciaba el calor, un calor sofocante, intenso, que caldeaba la caja del coche, hacía sudar copiosamente á las pobres mulas que lo arrastraban á fuerza de latigazos, y arrancaba de cuando en cuando frases de mal humor y de impaciencia á los dos infelices viajeros. Mi marido, en apariencia más endeble, pero en realidad más fuerte que Resmilla, soportaba aquellas molestias; pero éste comenzó á sentirse mal, sufrió un mareo, le dieron dos ó tres vahídos y concluyó por perder el sentido, alarmando á Juan, que procuraba inútilmente hacerle volver en sí.

Al caer la tarde llegó la diligencia á un pueblo de no escaso vecindario, donde habían de cenar los pasajeros y mudar el tiro los zagales para continuar el viaje; pero Juan, viendo el mal estado de Resmilla, ni quiso aceptar la responsabilidad de meter á su amigo en el coche tal como se encontraba, ni pudo abandonarle solo y entre gentes extrañas. Mandó, por tanto, bajar los equipajes de la vaca, pidió un cuarto con dos camas, acostó al enfermo con ayuda de un criado, y se preparó á pasar la noche en aquella mala posada, disponiendo antes que llamasen al médico del lugar.

Cuando éste llegó, Resmilla había recobrado el sentido.

—No te alarmes, le dijo Juan, esto no es nada. Nos hemos embaulado en ese maldito coche en seguida de almorzar, te has mareado, has hecho mala digestión... En fin, esto no es nada. Nos iremos por la diligencia mañana.

El médico examinó cuidadosamente á Resmilla, escribió una receta, ordenó que le dieran poca conversación, y salió del cuarto haciendo una seña á Juan para que le siguiese.

Fuera ya de aquel aposento, le habló así:

—¿Es usted pariente de ese caballero?

—No señor; soy solamente su amigo; pero no he creído conveniente dejarle aquí solo y en ese estado.

—Pues ha hecho usted perfectamente, porque ese señor está muy grave. Eso que usted ve es ni más ni menos que una congestión cerebral de las que vienen espada en mano y contra las cuales nada podemos. Si tiene familia, avisela usted; si es creyente, dígame usted que se prepare, porque esto va muy deprisa. Y como no sea para cosa grave, que

no le hablen: el cura, el escribano y usted... pero poca, poca conversación.

Figúrate cómo se quedaría Juan. Dudó mucho antes de decidirse; pero ¿quién acepta la responsabilidad de dejar morir así á un hombre, sin prevenirle del riesgo que corre, sin pensar en que puede tener familia á quien desea ver, ó graves asuntos que arreglar? Juan mandó llamar al alcalde, que estaba en un café inmediato jugando al dominó, habló con él unos instantes, teniendo la dicha de tropezar con un hombre listo, y aprovechando luego un momento de lucidez en que Resmilla era dueño de todas sus facultades, entró á verle.

—Creía que dormías y por eso no entraba.

—Me siento mal, muy mal: ven, quiero hablarte, más cerca. Está se acabó... Hace dos años tuve otro ataque, y me dijeron, ó mejor dicho, yo averigüé que los médicos afirmaron que si se repetía... en fin, yo conozco que me muero; haz que venga un escribano y testigos.

Salió Juan del cuarto, no sin haber procurado consolar á su infeliz amigo, mandó venir á un escribano, entraron como testigos el alcalde y un hermano suyo, y un momento despues Resmilla dictó su testamento con voz clara, en terminos breves, y lo firmó sin que la mano le temblara.

Pero tu figúrate cual sería la sorpresa de Juan, cuando al hacer la institución de heredero, Resmilla declaró que no tenía familia y que dejaba toda su fortuna, de cerca de un millón de duros, á su amigo don Juan de Alerce. ¡A mi marido!

En vano Juan, asombrado de lo que oía, quiso contradecirle, preguntarle si no tenía otros deberes que cumplir ó instrucciones que darle. Resmilla se ratificó en lo dicho, rogó al alcalde que se aproximara á la cama, repitió clara y terminantemente su voluntad, aseguró que no tenía familia, y añadió por último:

—Que me entierren modestamente, y tú, Juan, haz construir en mi pueblo una escuela; dinero te queda para eso y mucho más.

Dos horas despues, Resmilla era cadáver y nosotros éramos ricos. A los tres días Juan salía para Madrid: á los cuatro meses estábamos en posesión de la fortuna de aquel hombre, que por tan extraño modo nos había hecho poderosos.

¡Qué cambio se operó en nuestra casa, y aun en nosotros mismos! Juan hizo dimisión del destino; alquilamos un cuarto mucho mejor que el que teníamos; sustituimos el mobiliario viejo, reunido poco á poco, por uno encargado de pronto y pagado en el acto; nos abonamos á la ópera; me hice trajes magníficos; tomé un aya francesa á los chicos; variaron radicalmente nuestros gustos; casi se torcieron nuestras inclinaciones, como si al contacto del oro, que los disculpa, pudieran desplegarse los defectos... pero seguimos queriéndonos y estimándonos cual si fuéramos pobres. Estoy segura de que ni Juan gasta un duro cuyo empleo yo no conozca, ni yo doy un paso que él no pueda saber.

Y, sin embargo, me falta aquella dicha tranquila y reposada de los tiempos pasados: desde hace algunos meses bulle en lo hondo de mi corazón una pena, que, como una burbuja de aire en el fondo de un vaso, no es suficiente para agitarlo y basta para conmooverlo...

Ya sabes que mi padre tuvo la manía de los pergaminos y blasones: por eso, cuando me casé, me dió, entre otras muchas cosas, dos cuadritos pequeños en que él mismo había dibujado nuestro escudo, un jeroglífico muy raro, que sólo él sabía descifrar, en el cual se veían dos pajarraeos estupendos, una maza que parecía una badila, dos calderos y un perro. Pues bien; hace poco mi marido quiso arreglar un salón, vino un tapicero á casa, tomó medidas, echó líneas, trazó proyectos, y, por último, nos preguntó que como deseábamos los cortinajes, aconsejándonos que los hiciésemos muy anchos, de felpa roja y con nuestro escudo sobrepuesto, bordado con sedas en el centro. Ya iba yo á contestar que no teníamos escudo, cuando Juan le repuso:

—Bueno; vuelva Vd. dentro de unos días y le daremos el dibujo.

Mi marido se había acordado de los dos cuadritos que me dió mi padre cuando nos casamos.

Efectivamente, y como yo sospechaba, apenas se fué el tapicero, Juan me preguntó por los dos escudos para escoger el que *hiciera mejor*.

—Están en la buhardilla, le contesté.

—Pues mándalos bajar.

Di á un criado la orden, pero no supo hallarlos; confió el encargo á mi doncella, que tampoco dió con ellos; y, por último, me decidí á subir á buscarlos yo misma, pues aunque la pretensión de Juan me parecía ridícula y el viaje á la buhardilla me hacía muy poca gracia, con todo transigía antes que con tener un disgusto por tan trivial motivo.

A la mañana siguiente subí al desván, donde por cierto no había estado desde que nos mudamos de casa, y donde, además de nuestros trastos viejos, se habían hacinado también algunos muebles en mal uso de los que tuvo en su cuarto de una casa de huéspedes el infortunado Resmilla. Dos horas largas pasé buscando los escudos de mi nobleza: por fin los encontré en un rincón con los marcos deshechos, los cristales rotos y el color comido por el tiempo.

Iba ya á salir de aquel desván oscuro y súcio, cuando hacía un extremo vi colocados, sin orden ni concierto, los muebles del pobre Resmilla: una taquilla desvencijada con los cajoncillos volcados sobre un serón de esparto; una butaca coja con el res-

paldo grasiento y el cuero despellejado por las uñas de los gatos; un armario de pino pintado y un veladorcito de caoba deslucida, lleno de manchas de tinta, sobre las cuales resaltaban unas cuantas gotas de esperma. ¡Qué muebles tan viejos y tan sucios! ¡Qué emoción tan dulce y tan intensa! Nadie podrá explicar como brotó la sensación que experimenté. Nadie sabrá decirme por qué modo misterioso aquellas maderas apolilladas y mugrientas despertaron en mi alma un sentimiento tan poderoso y profundo. Los ojos se me arrasaron de lágrimas y dejé caer al suelo los dos cuadritos de los escudos.

Procuré serenarme para salir de allí, y ya iba á meter la llave en la cerradura, cuando, vuelto contra el muro, vi un cuadro que por su forma y su tamaño me era desconocido. Pensé que sería también de Resmilla, y acercándome á él logré, aunque pesaba mucho, ponerlo de frente hacia la poca luz que entraba por un ventanuco estrecho cubierto por una cortinilla natural de polvo y telarañas. Era un retrato de hombre joven, moreno, pequeño, grueso, coloradote y corto de cuello...

Me figuré quien era, pero no me bastaba la sospecha y aquella misma tarde pregunté á Juan:

—¿De quién es un retrato de hombre que hay en la buhardilla y que yo no conozco?

—¿Uno rechoncho, muy encendido de color, ordinario, vulgarote y corto de pezcuezo?

—Sí; ese.

—Pues, ¡toma! Ese es el retrato de Resmilla.

¡Sí, Julia, sí! era el hombre á quien debemos nuestra fortuna; el que aseguró el porvenir de nuestros hijos; el que convirtió en personaje al empleado de ocho mil reales; el que cubrió de brillantes mis dedos ennegrecidos por las picaduras de la aguja. Aquella imagen, por ridícula que fuese, debía ser sagrada para nosotros y estar en el mejor salón de nuestra casa, en el mismo salón donde Juan quiso poner, y al fin puso, los escudos de mi padre.

Te confieso que desde entonces, sin haber dejado de querer á Juan, le estimo mucho menos; porque es de los que ignoran que hay en el mundo algo más hermoso que hacer el bien: agradecerlo. Adios. Tuya siempre, X...

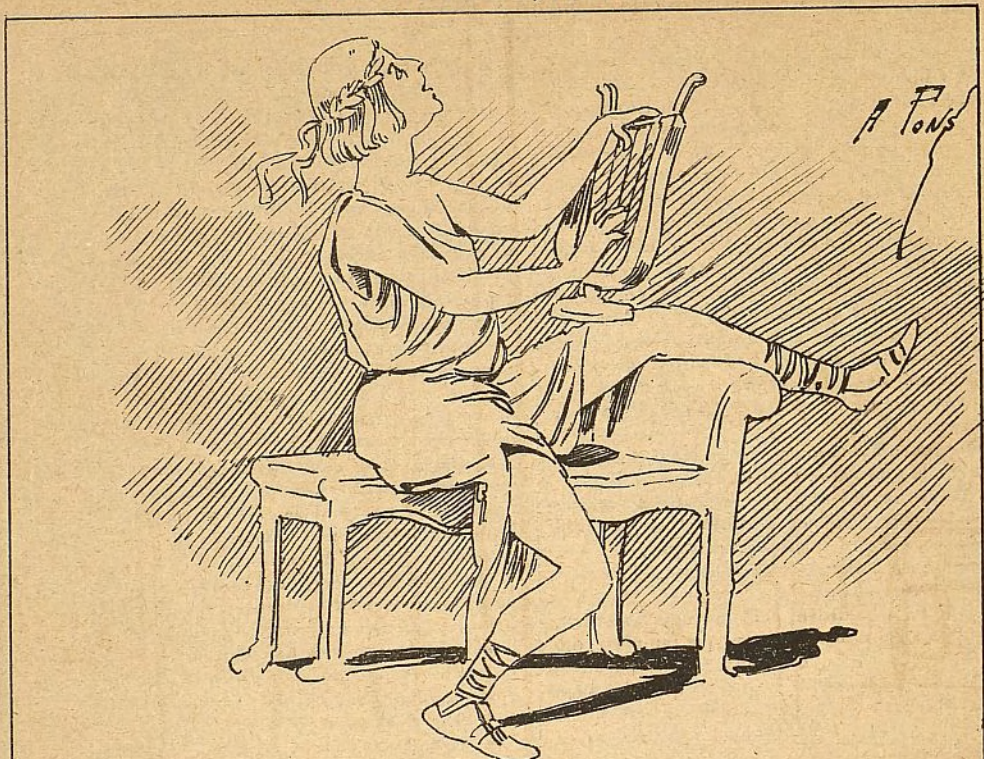
JACINTO OCTAVIO PICÓN.

CONTRATO

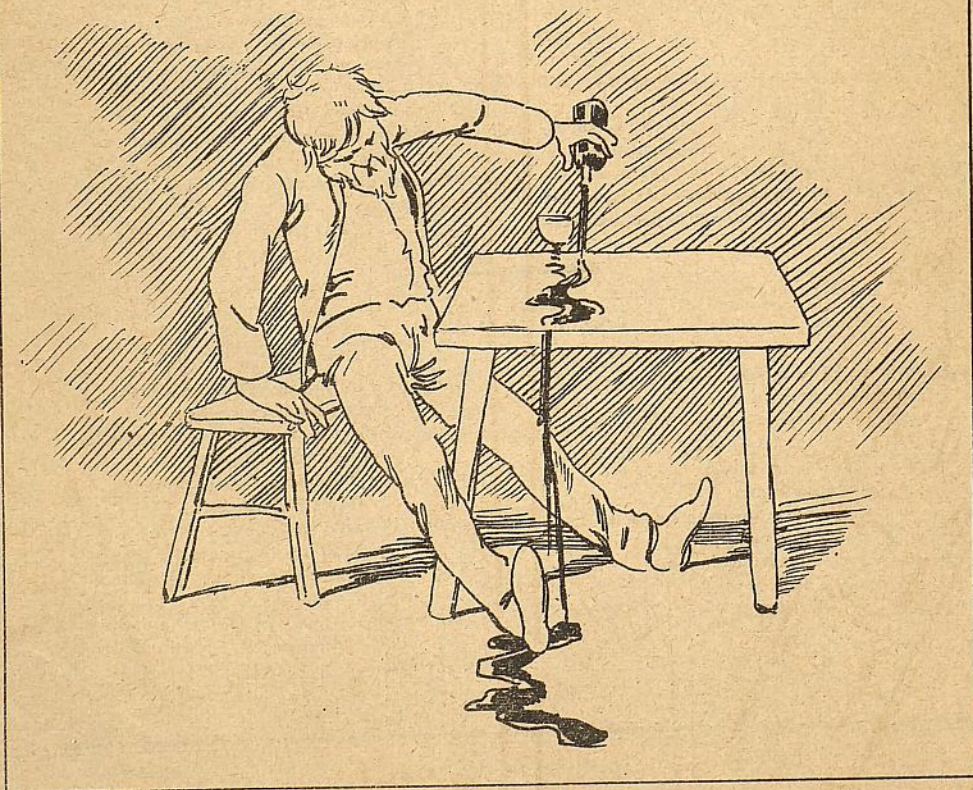
He contado en tu cara cien lunares
que aumentan tu belleza,
como hacen más hermoso al azul cielo
las brillantes estrellas.
Al ver esos puntitos de tu cara,
encantadora Elena,
me atrevo á proponerte un gran negocio
por si te tiene cuenta.
El que te pida á todas horas besos
¿dices que te molesta?
Bueno, pues vamos á firmar contrato
sobre las bases estas:
Voy en cada uno de los cien lunares,
que tanto te hermosean,

á dejar un millón de ardientes besos;
cada día me entregas,
al cincuenta por ciento, que no es mucho,
los réditos que sean,
y si un día el amor que nos abraza
á decrecer empieza,
tienes el capital dispuesto siempre
y saldamos la cuenta.
Voy á entregarte el capital... ¡Demonio,
cómo está mi cabeza!
¡No recuerdo los besos que te he dado!
¿Tú tampoco te acuerdas?
Pues vamos á apiazarlo hasta otro día,
¡Borrón y cuenta nueva!

ANTAÑO Y OGAÑO, POR PONS

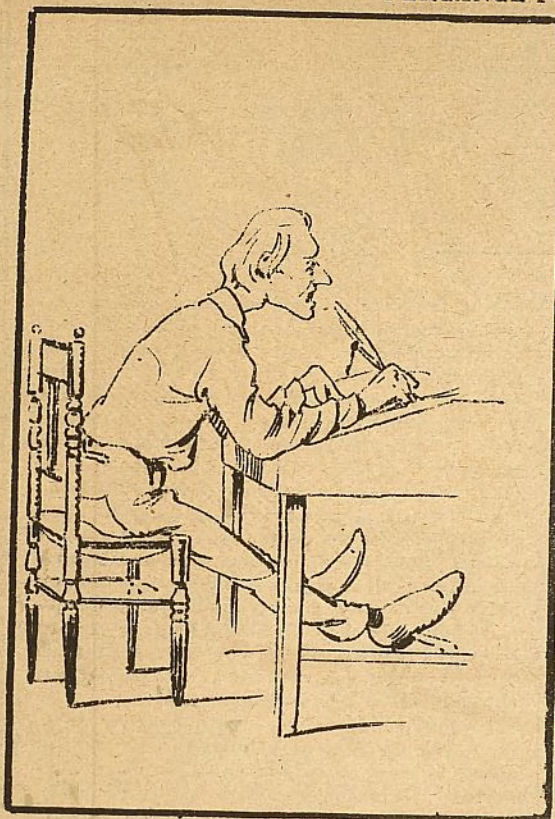


El poeta de ayer.



El poeta de hoy.

PERCANCE POÉTICO, POR ESCALER.



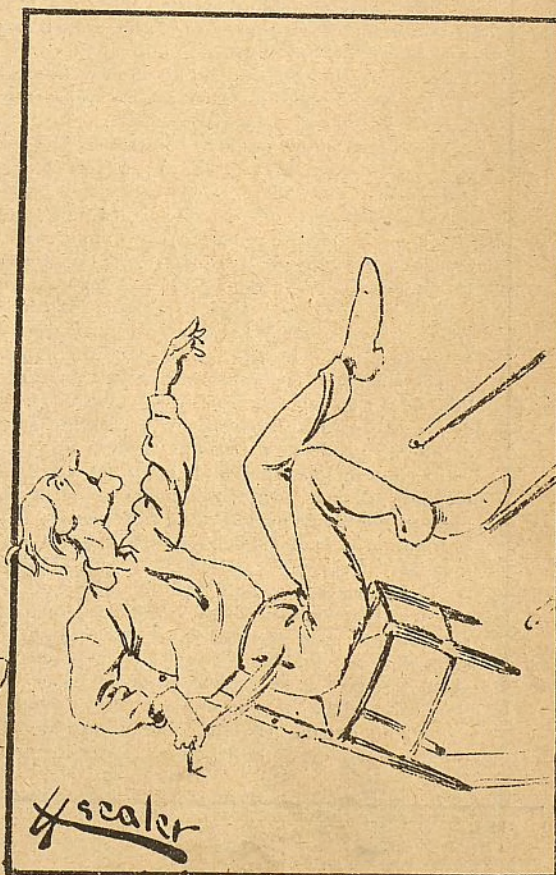
«¡Voy á cantar...!»



«¡Voy á cantar!... ¡Voy á cantar!...»



«¡Voy á cantar!...»



«¡Iba á cantar!!

Ayer, pensando si era este contrato
muy fuerte para ella,
fuí á ver á esta muchacha, á quien adoro,

y á ventilar la cuenta
y se estaba pintando más lunares
la encantadora Elena!

J. RODAO.

VENCEJO

Á MI APRECIABLE AMIGO EL INGENIOSO PERIODISTA

DON MIGUEL MOYA

Debió nacer por casualidad, si no por sorpresa, Dios sabe cuando, cómo y en donde; acaso fué en una galera, tal vez en medio del arroyo, probablemente del vicio, y á buen seguro de la miseria. Él mismo no sabía nada de su padre; era una de tantas criaturas engendradas por la pasión bastarda, que no por el cariño santo. Nada recordaba de su madre; había tenido por besos maternos los soplos del cierzo de Guadarrama; por blanda cuna el lodo de las calles; por caricias las gotas de la lluvia. Los pájaros poseen nidos en los árboles; él dormía en cualquier parte, en los bancos de las plazuelas, en los quicios de las puertas. ¡Diez años de vida y no haber saboreado el ósculo materno y el calor del hogar, es algo así como una traición de la Naturaleza, como la sombra infinita y la noche eterna! Pero criado Vencejo, porque sí, al aire libre, por modo espontáneo casi, sólo el perder su independencia le compungía; en aquella su almita, viciada por el ácido carbónico de su abandono, todo eran nieblas, obscuridad y malas semillas; alimentaba instintos y apetitos, pero no esperanzas, y las esperanzas son el ozono de la humana jornada.

Vencejo era un sér desdichadísimo; no había llorado nunca, como no fuera de frío, y esto que al parecer suena á paradoja, es una triste verdad, pues significa la parálisis del alma. Podían dar razón de la pobre criatura en las sobras de la tropa y fregando, á cambio del rancho, las cacerolas de los soldados, con lo cual venía como á ganarse lo que le daban. Y por modo tal le salía la existencia de balde, pues habitaba en todos los sitios, bien que contentándose con tener por techo el trasparente horizonte. Pero no era un vago; símbolo de su oficio, colgaban de sus espaldas maltrechas sogas, y cuando, subía del río talegos de ropa, cuando, llevaba en guisa de mochila repleta espuerta de arena sobre los hombros; además, caminaba siempre con la cabeza baja, costumbre de pensadores y colilleros, en busca y á caza de puntas de cigarro, que luego vendía á módico precio.

Por lo demás, era como la hoja del árbol que arrastra el viento. Cansábase Vencejo de un sitio, se iba á otro. Que se aburría de vender arena, á subir ropa del río. Que le fatigaba el subir ropa, á vender arena. Que le hastiaba el rancho de un cuartel; pues mudaba de comedor y fonda; y como á nadie tenía que dar gusto ni obedecer á nadie, allá obraba como mejor en las nientes se le ponía,

con hambre cotidiana y frío á diario, pero siempre con una canción desvergonzada en la boca y un chiste picante en los labios. No experimentaba alegrías, pero tampoco penas, y si no poseía zapatos ni camisa, y si escasamente tapaba sus carnes con unos maltrechos calzones y un raído chaquetón, tenía en cambio sol, siempre que lo hubiese, y un ratejo desocupado para asistir á la Parada, cuya fuerza entrante ó saliente acompañaba el muchacho hasta el cuartel ó hasta Palacio, en amigable compañía con el cabo de gastadores, aunque á costa de más de un puntapié de propina; sin contar las chapas que el mozo se jugaba al día detrás de cada esquina, y de ítem—y ello era un sibarítico placer para Vencejo,—la dicha de cabalgar alguno que otro domingo á la grupa del flaco rocín de la Plaza de Toros, montado á la vuelta de la lidia por un mono sabio, amigo complaciente del chicuelo.

Larguirucho, flaco, seco, de sobra enjuto, siempre soplándose las uñas, amoratado por el frío, sin apenas hierro en la sangre ni calor en el cuerpo, sin rosas en las mejillas, pasaba la vida ni envidiando ni envidioso, ni odiando ni queriendo á la sociedad, de la cual era un átomo cualquiera perdido en el oleaje humano, y en la cual vivía como el légame en las aguas. El mundo le llamaba granuja, sin ver que el árbol que no se cuida se tuerce al brotar, y que el terreno que no se cultiva se malea y esteriliza cuando no fecunda sólo malas yerbas. Pero Vencejo, desamorado, huérfano, sin cariño, errante, vagabundo, lo pasaba contento y alegre en esta lucha titánica por la existencia, con tal que no le faltase su libertad.

Una vez armó yo no sé qué zambra en la ribera del Manzanares; se pegó de cachetes con otros muchachos y fué á dar con su cuerpo en la prevención. Desde entonces ponía piés en polvorosa en toda suerte de pendencias, y privarle de su libertad era matarle, y no volvió, como antes, á hacer ninguna jugarreta á los agentes de la autoridad. Por modo tal hubo en aquella alma salvaje un regulador: el miedo; y un motivo de espanto: la severa figura de un guardia de Orden público. Vencejo se había mantenido, sin embargo, honrado, á pesar de sus amistades con toda clase de escamoteadores; no se acusaba de haber robado nunca otra cosa que bellosas el día de San Eugenio, en cuyo día se daba un muy regular atracón en el Pardo; señal cierta de probidad y de que algo sano quedaba en el mocete.

Pasada la Semana Santa no perdía Vencejo ninguna procesión del *Dios grande* y allá iba siempre delante de los guardias civiles, atrapando en el aire, con la agilidad de un mono, lo mejorcito de la clásica lluvia de aleluyas y repartiendo á la vez sendas bofetadas á diestro y siniestro. Pero estas solo alcanzaban á los zagalones, pues pareciale indigno á Vencejo el pegar á los chiquitines y solía

acudir á su defensa en las cuestiones de derecho aleluyil que al paso de la procesión se suscitaban. Gritar, vociferar, meterse dos dedos en la boca y producir un sonido estridente, silbar á los cocheros, encontrarse donde hubiera bulla y estruendo, burlarse de los señoritos, eran para el muchacho la vida enteramente iluminada por el resplandor de la felicidad.

Diz que la fortuna no responde cuando la llaman y se encapricha con los que no paran mientes en ella. Una tarde pasaba Vencejo por el puente de Toledo, la gente se arrimaba á uno de los lados del pretil y miraba; una señora de lujoso porte, desolada y trémula, pedía socorro y pugnaba por arrojar al río. Vencejo se aproximó y miró. Una niña como de cinco años había caído al agua; dos mujeres corrían en su auxilio desde el lavadero más cercano; el río venía crecido y la desgracia acababa de acontecer. Vencejo murmuró filosóficamente: «¡Toma, se va á ahogar!» y subiéndose al pretil con un arranque repentino, sin perder tiempo en descalzarse, porque no había de que, se arrojó de golpe al Manzanares. Todo fué instantáneo; medio nadó unos trechos, vadeó otros y enseguida alcanzó á la tierna criatura á quien la corriente arrastraba río abajo. Cargó con mucha delicadeza con la niña, la transportó á la orilla, entrególa á la desolada señora que se abalanzó á la criaturita cubriéndola de besos, y luego exclamó muy serio con su desvergüenza natural: «No se asuste usted; una mona de agua.» Después se fijó Vencejo en las empapados vestidos de la niña, chocáronle los colores de su traje empalidecidos por la humedad y con gracioso retintín dijo el muy procaz gravemente: «¡Apáñao se la ha puesto el ciertopelo de la falda!»

Aquella señora prometió al chico yo no sé cuantas cosas: colocarle en su casa, pues era *hacendosa*, vestirle de nuevo, mantenerle, darle un modo de vivir, hacerle hombre. Preguntó al muchacho su nombre y el chico le contestó por el apodo. No señor, no se llamaba Juan, ni Pedro, ni Roque, nada más que Vencejo. Por el pronto le entregó aquella dama una moneda de cinco duros. ¡En su vida había visto otra Vencejo en su mano! Estuvo por tomarlo á bulla y hasta se malició si sería falsa. La frotó bien contra el pelo, la mordió y la cambió al fin, comprándose por primera providencia un puro de *á calé* y comiéndose el resto del dinero en ocho días. En cuanto á la dama, no volvió á acordarse de ella; no había nacido para criado de nadie.

Al cabo desapareció; no se le volvió á ver más. Estos niños harapiientos son las estrellas errantes de la sociedad: nacen, nadie se ocupa de si brillan y se borran sin dejar rastro alguno.

Tal vez se cansó de Madrid y un pié trás otro se trasladó Dios sabe á dónde; acaso gime en la Cárcel Modelo, que al fin y al cabo á la rama débil el huracán la arrastra, y era el muchacho carne de presidio. Lo cierto es que Vencejo se ven por ahí muchos, pero ninguno es el de nuestro cuento.

ALFONSO PEREZ NIEVA.

CHIRIGOTAS.

Unico encargado de la venta de LA SEMANA COMICA en Barcelona: D. Juan Tasso, kiosco de la Rambla de las Flores, frente á la calle del Hospital.

✱

Juan á Domingo reñía
porque nunca trabajaba,
y mientras Juan se enfadaba
el buen Domingo decía:
—Yo no debo trabajar.
Estoy, Juan, en mi derecho;
pues los *Domingos* se han hecho
sólo para descansar.

VITAL AZA.

✱

De Fernandez Bremón.
Había dicho tantos disparates históricos un joven, que otro le interrumpió diciéndole:
—Pero... ¿has leído á Mariana?
—No, no la he leído.
—Me refiero al Padre Mariana...
—¡Ah! Creí que te referías á la madre.

CORRESPONDENCIA

C. V.—Caldetas. —Agradezco la preferencia; pero como Vd. comprenderá, noticias como esa, no son de la índole del periódico.

R. T. S.—Madrid.—No; ni Vd. es torpe ni yo delicado de gusto. Lo que sucede es que ahora no se esmera Vd. como antes en la elección de asuntos. *Et coitit atut.*

R. C.—Getafe.—¡Dios mio, Dios mio! ¿serán consonantes en Getafe *venta* y *treinta*? Porque... Dios me perdone, pero me parece que aquí no lo son.

Un estudiante.—Que, por lo visto, no ha estudiado Retórica y Poética. Porque si la hubiera estudiado, sabría que

al soplo del potente Eolo

no es ni ha sido nunca verso octosilabo.

D. C.—Jerez.—El número vale un real. La composición .. vale un real menos que el número. Que es un modo indirecto de decir que no vale nada.

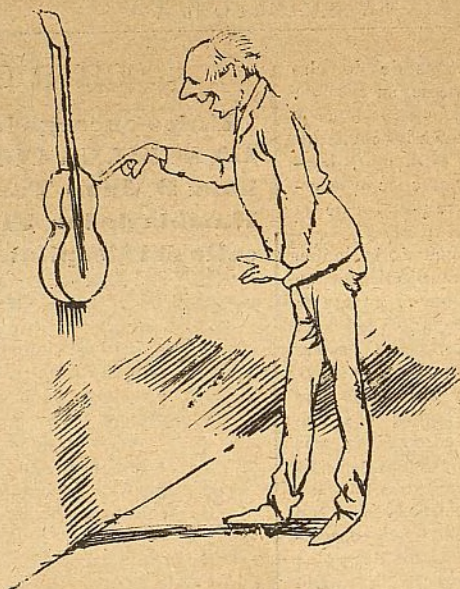
E. C.—¿Humoraditas? Señor
¡es mucho empeño de chico!
Pero si yo las publico
¿qué vá á decir Campoamor

D. J. J. Coruña. ¿Charadas aquí? ¡Vaderetro!

A. P.—Madrid.—J. L. A., F. C., y F. R. L. No sé de donde. —L. J. G. de L., B. Odo, C. de C., *Cupidin*, M. del S., *Justo Pecador* y D. de C. Barcelona.—M. R., *Fánfilo*, J. J. C., L. P., *Un catalá*, B. S., *Rataplan*, y A. B. C. Madrid.—E. G. C., *Macario*, L. F. R., *Anísat* y J. P. Valencia.—M. M. Chinchón.—A. T. Coruña.—K. *Racoles* y L. B. F. de la V. Santander.—R. de V. y J. I. R. Sevilla.—*Marcos de Obregón* Reus.—E. P. Villafranca.—3 *Espeleta* 6, Cadiz.—*Rataplan*, *Frits*, K. *Chupin* y K. *Labaza*—No son publ cables. Y perdónen Vdes. que, por falta de espacio, no les diga por qué.

Imp. Arco del Teatro, 9, Pasaje, Barcelona.

FRASES, POR PONS.



Tocar la guitarra.

ANUNCIOS

CORRESPONSAL
EXCLUSIVAMENTE ENCARGADO DE LA VENTA Y EXPENDICIÓN
DE

La Semana Cómica

EN MADRID
D. JULIAN RODRIGUEZ
Kiosco de la Universidad.—Plaza de Santo Domingo

CORRESPONSAL
exclusivamente encargado de la venta
DE

LA SEMANA CÓMICA

EN VALENCIA
D. JULIAN PERIS MENCHETA
Calle de Entenza, núm. 40

CORRESPONSAL
DE
◆ LA SEMANA CÓMICA ◆

EN LA REPÚBLICA DE MÉXICO
D. RAFAEL B. ORTEGA
Primera de Santo Domingo, número 12.
MÉXICO

CORRESPONSAL
DE
LA SEMANA CÓMICA
EN GUATEMALA

D. Antonio Partegás
Octava Avenida Sur.—Almacén
GUATEMALA

CORRESPONSAL
DE
LA SEMANA CÓMICA

EN LA REPÚBLICA DE VENEZUELA
D. Antonio S. de Bethencourt
Calle del Sur, núm. 4.
CARACAS

AGENTE ENCARGADO DE LA VENTA

DE LA
SEMANA CÓMICA

EN PARIS
Madame Schneider
Kiosco 50.—BOULEVARD MONTMARTRE

AGENTE ENCARGADO DE LA VENTA

DE
LA SEMANA CÓMICA

EN PARIS
MADAME LEMAITRE
Kiosco 34.—Boulevard des Italiens

CORRESPONSAL
DE
LA SEMANA CÓMICA

EN LA ISLA DE CUBA
Señora Viuda de Pozo é Hijo
Galería Literaria
Calle del Obispo, 55.—Librería
HABANA

LA SEMANA CÓMICA
PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO.
Colaboran en él los mejores literatos y los mas
celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

| | | |
|--------------------|--------------------|------------|
| Barcelona. | Trimestre. | 1'50 ptas. |
| Fuera. | | 2'50 " |

REDACCION Y ADMINISTRACION

Vertrallans, 3. 1.º.—Barcelona
Despacho, todos los días laborables de 2 á 4 tarde